

poner en libertad y los regaló mucho. Entónces fué de dictámen que necesitaba esta faccion para su asistencia, porque las naciones amigas habian entrado en recelo al ver la prision de sus Caciques. Alentáronse todos con su presencia, y creció tanto su ejército, que, segun su misma relacion, llegó á Guacachula con más de ciento y veinte mil hombres. Estaba tan bien amurallada esta ciudad (uniéndose su principal muro con una sierra muy agria y no teniendo más que dos entradas algo penosas), que se calculó que seria muy costoso el asalto; mas apénas acabó de pasar el ejército y se dieron las órdenes para emprender el combate (guiado nuestro ejército por los mismos naturales de la ciudad), cuando cesaron los gritos y la pelea que se habia trabado en las calles entre los naturales y los mexicanos, desamparando todos los puestos la guarnicion. Envió Cortés en su alcance algunas compañías, y se consiguió desbaratar al enemigo, no obstante lo agrio de la cuesta que militaba por ellos: ocurrieron muchos indios de nuestras tropas auxiliares, quienes por venir de refresco y estar los contrarios muy cansados, hicieron en éstos una gran carnicería, de modo que quedó el campo en un instante libre de enemigos y lleno de muertos.

Con esta victoria, conseguida por los buenos servicios de los naturales de Guacachula (y por

ellos se les concedieron muchos privilegios y se les conservan hasta el dia de hoy), se alejó el enemigo de toda aquella tierra y volvió Cortés triunfante á la ciudad, siendo recibido de los naturales con grande aplauso; y en ella se dió el descanso de tres dias á la tropa. Con el ejemplo de Guacachula entró á la obediencia Izucan, y de este modo aquellas señorias que tanto suponian aseguraron con su obediencia la frontera del imperio mexicano y quedaron frustradas las primeras disposiciones del nuevo Emperador Guaticmotzin. Antes que saliese Cortés de Izucan, compuso las diferencias que habia entre los nobles de aquella ciudad sobre quién habia de poseer su señorío, y á satisfaccion de los naturales se instaló y dió posesion de este señorío á un hijo del señor de Guacachula, el cual tenia unos diez años de edad; y por no estar en estado de gobernar, se estipuló que un tio suyo bastardo, que por esta razon estaba excluido de la sucesion, con otros dos principales de Guacachula, gobernasen entretanto tuviese este jóven Cacique la edad competente para gobernar, y lo tuviesen en su poder. Obedecieron todos de buena gana á este mancebo; y dice Herrera, que á instancias de los frailes franciscanos se bautizó, y fué su padrino Pedro de Alvarado. El padre Torquemada, quien copia á Herrera, dice lo mis-

mo, con la expresion de que los frailes franciscanos eran de los que vinieron ántes de los doce, ó con Fernando Cortés, ó en los navíos que despues de él vinieron, porque de esto no se sabe cosa cierta, solamente que estaban ya acá. Lo que es evidente, es que con Hernan Cortés no vinieron otros ministros más que el venerable padre fray Bartolomé de Olmedo y el clérigo D. Juan Diaz; y despues que dió este gran capitán sus navíos al través, hasta la presente, no habian venido otros navíos que los de la armada de Pánfilo de Narvaez, y en ésta pudieron venir dos frailes franciscanos de las islas; porque de los tres religiosos flamencos que llegaron á la Nueva-España ántes de los doce, diré despues el motivo de su venida, que fué mucho despues de la pacificacion de Guacachula y Izucan: conque lo más verosímil es que vinieron en la armada de Pánfilo de Narvaez estos dos franciscanos que hicieron tanta instancia á este jóven Cacique para que se bautizase.

Es de advertir tambien, que se procedia entónces en el bautismo de los adultos con demasiada facilidad, sin dar lugar á la instruccion previa y necesaria.

Llevaron al mancebo de Tepeaca, el cual preguntó muy triste y pensativo cuándo le habian de sacrificar. Los religiosos le acariciaron y le

dijeron que Dios nunca quiso la muerte de ningun pecador, sino que se convirtiese y viviese, y tuviese entendido que los cristianos aborrecian sus sacrificios abominables; y como replicó el mancebo que de corazon queria ser cristiano, se le administró el santo bautismo.

Vuelto Hernan Cortés á Tepeaca, supo de Tlaxcala que su grande amigo Magitcatzin quedaba en los últimos dias de su vida, y deseando darle la mayor prueba de su amistad, le envió al V. P. Fr. Bartolomé de Olmedo para que procurase su conversion al gremio de la Iglesia. Este padre no halló dificultad en persuadirle, porque le encontró en buena disposicion para recibir el bautismo, que pidió con ansia. Hizole algunas preguntas; y viendo que detestaba su error y queria morir como cristiano, despues de darle alguna instruccion, le bautizó. Exhortó tambien á sus hijos para que dejasen la idolatria y obedeciesen á su amigo Hernan Cortés y á los españoles. Espiró, dejando á Cortés con el mayor sentimiento por la falta que le hacia como amigo que habia obrado tanto en favor de los cristianos. Murió en el seno de la Iglesia Católica, porque quiso Dios premiar al que fué el principal instrumento para que los cristianos se conservasen en aquella tierra para el bien de tantas almas. No ménos embarazado se hallaba Cortés por la enfermedad de vi-

ruelas, de que morian muchos indios de la República de Tlaxcala; pero mitigó su tristeza y puso de mejor condicion sus esperanzas un socorro de españoles que recibió por mano de sus enemigos, pues siempre fomentaba á Pánfilo de Narvaez Diego Velázquez, creyendo que tendria ya por suyas las conquistas de aquella tierra y á su mando el ejército de Cortés: pasó al contrario, todos se incorporaron voluntariamente con el ejército de este dichoso capitán, quien vela estos sucesos como pronósticos de felicidad venidera, pero al mismo tiempo le desvelaban las prevenciones de su empresa. Tenia en su imaginacion resuelta la conquista de México, y consideraba que para volver á aquella gran ciudad era preciso hacerse dueño de la laguna, porque por las calzadas era imposible entrarla, por haber roto los indios los puentes de comunicacion, á cuyo fin discurrió fabricar doce ó trece bergantines que pudiesen resistir á las canoas armadas de los indios y trasportar su ejército á la ciudad, los cuales pensaba llevar desarmados sobre hombros de indios tamemes á la ribera más cercana de la laguna por tierras de Tlaxcala.

Envió á la Vera-Cruz por todo el hierro y clavazon que hubiese, velas, jarcias y otras cosas necesarias, y de madera mandó labrar la tablazon, remos y otras cosas precisas en la misma tierra

de Tepeaca, y se sabe por constante tradicion que se trabajó en esta fábrica en un barrio de Hueyothlipan, que llaman Quasimalán, que quiere decir donde labran palos, y que cerca de Tlaxcala se aparejase la pez necesaria, cosa nueva entre los indios que no habian dado en el uso de este producto de su tierra por no haberla menester, y como se hallaba el ejército falto de pólvora, consiguió Cortés el que se fabricase de ventajosa calidad haciendo buscar el azufre (cuyo uso tambien ignoraban los indios) en el volcan que reconoció Diego de Ordaz, donde le pareció que no podia faltar este ingrediente, y de facto se halló todo el azufre que fué necesario para la fábrica de cantidad crecida de pólvora. Daba priesa Hernan Cortés á la fabrica de sus bergantines: y hechas todas estas prevenciones que se fueron perfeccionando con la mayor brevedad, trató de volver á Tlaxcala adonde entró de luto por la muerte de su grande amigo Magitcatzin, y como el Senado dejó á Cortés la eleccion de su sucesor en el gobierno principal de la república, despues de haber hecho presente cuánto debía la república al difunto, nombró á su hijo mayor que estaba ya bien impuesto de los asuntos de gobierno y poco despues pidió con grandes veras el bautismo llamándose D. Lorenzo Magitcatzin. Al ruido de estas conversaciones y del bautismo de personas

tan principales, con el ejemplar del Cacique de Izucan y de Magitcatzin dió oídos á la enseñanza el anciano Xicotencatl, y despues el corazon al desengaño. Recibió el santo bautismo con pública detestacion de sus errores; no pudiendo llegar á mayor estado los principios del Evangelio en aquella tierra, convertidos los Caciques y sabios de la república; pero no dieron á este cuidado lugar las ocurrencias de aquel tiempo, tan impedido con bullicios de armas y rumores de guerra, Hernan Cortés, embebido en las disposiciones de aquella conquista, los padres Juan Diaz y Fr. Bartolomé de Olmedo con falta de obreros que les ayudasen, y unos y otros en inteligencia que no se podia tratar con fundamento de la religion, hasta que impuesto el yugo á los mexicanos se consiguièse la paz que miraban como disposicion necesaria para la enseñanza, y nueva disposicion de la doctrina evangélica.

Antes que Hernan Cortés saliese de la nueva villa de Segura de la Frontera, habia despachado cuatro navios que se hallaban en la Veracruz de la armada de Narvaez á la Isla Española por gente, armas, caballos y municiones, y enviado á comprar cuatro navios con órden que viniesen cargados con abundantes pertrechos de guerra, por considerar que tenia que vencer á una multitud inmensa de indios enemigos que tenian tan fuer-

tes y grandes ciudades: al mismo tiempo habia escrito á la Audiencia y á su amigo el licenciado Rodrigo de Figueroa, dándole cuenta de los buenos resultados de su expedicion y de la intencion que habia formado de apoderarse de la ciudad imperial de México; y para animar á los oficiales reales que residian en la isla, á que le diesen todo favor y ayuda, les remitió varios presentes de plumajes, ropas y joyas de oro y plata de labor extraña que confirmaban la riqueza de aquella tierra, por cuyo motivo se movió mucha gente para tener parte en aquella conquista. A mediados de Diciembre de este año pasó Cortés por Cholula, donde fué recibido de aquellos republicanos que á persuasion suya prometieron de conservar su amistad con los castellanos hasta la muerte y ayudar con todas sus fuerzas á la conquista de la gran ciudad de Tenoxtitlan, y llegó á Tlaxcala como se ha dicho, entre las aclamaciones de aquellos leales indios que formaban un numeroso pueblo, y celebraban con danzas y cantares las victorias de nuestras armas, y de las de la república. El segundo dia de Pascua de Navidad, habiendo ya llegado algunos castellanos de la Española, determinó Cortés hacer muestra de su ejército, y halló cuarenta de á caballo y quinientos cincuenta soldados de á pié, y nueve piezas de artilleria: formó cuatro escuadrones de caballería y nueve compañías de

infanteria: los tlaxcaltecas, á imitacion de los castellanos, hicieron tambien muestra de su gente, y su ejército se componia, segun lo dicen memorias fidedignas, de ciento cincuenta mil hombres. Habló Cortés á sus españoles y á sus aliados representándoles cuánta gloria adquiririan sujetando aquella gran ciudad de México, encareciendo á los españoles el servicio tan grande que en aquella empresa harian á Dios, no habiendo otro remedio para plantar su fe santísima en aquel imperio, y á los tlaxcaltecas que portándose con su acostumbrada lealtad, vengaria bien las injurias de su república, y con las ruinas del imperio mexicano trataria de afianzar su libertad con grande aumento de su señorío. Viendo Cortés la buena disposicion de su gente castellana y de los tlaxcaltecas que le aseguraron de parte de la señoría que nunca le habian de desamparar hasta la rendicion total de la soberbia ciudad de Tenxtilan, se despidió del Senado de Tlaxcala, y el dia de los Inocentes marchó con todo su ejército en muy buen órden hasta Texmeluca (lugar de encinas) donde se alojó, y fué muy bien recibido del Cacique de Hueteotzingo, á quienes pertenecia este pueblo. Conociendo Hernan Cortés las astucias de los mexicanos, que se aventajaban en ardidés de guerra á los demás, determinó deslumbrarlos tomando de los tres caminos que sabia el más

fragoso por considerar que no estarian tan sobre aviso. Desde Tlaxcala á México se podia venir, ó entre el volcan y la sierra ó al lado de ésta por Riofrio, ó por Calpulalpa, y para acometer á la ciudad, pasó entre el volcan y la sierra. Subieron nuestras tropas un puerto áspero que hasta la cumbre se extendia como unas tres leguas, donde partian términos los de Culhua con las tierras de Tlaxcala y Texcuco. Prosiguiendo la marcha del ejército encontraron los batidores muchos pinos atravesados recién cortados, y cipreses muy corpulentos que llamaban ahuehuetes, hechos troncos y puestos con arte para embarazar el camino; mandó Hernan Cortés despejar las veredas ocupando muchos indios en esta faena, y con mucha dificultad y estorbo entró todo su ejército por el llano donde hizo alto, y desde la falda del volcan se vió todo México y sus contornos: á unas doce leguas de México están los dos volcanés; el más alto es de fuego, el otro es de agua y le llaman la Sierra: en algunas ocasiones ha arrojado gran copia de agua que ha asustado á México; el de Orizava está muy distante y es el más alto, y el de Toluca es muy frio. Estos tres principales volcanes de México, Orizava y Toluca se están viendo desde lo alto: luego que hubo vencido nuestra tropa este camino tan malo, que en el dia causa admiracion el que viajasen por él, tuvo

mucho gusto la gente de ver desde aquella eminencia México y sus lagunas, y por otro lado grande mortificación, considerando el daño que habia recibido en su desgraciada retirada: á la tristeza que comenzaba á recibir, entró en su lugar la alegría y confianza de que se habian de hacer nuestras armas españolas dueñas de aquella gran ciudad y de todos los tesoros del imperio mexicano: al fin, atravesando por las faldas de los montes, entró Cortés con todo su ejército vispera del año nuevo en la ciudad de Texcuco, que en aquel tiempo era una de las mejores y más hermosas que habia en todas esas partes de Nueva España. Dejemos á Hernán Cortés formando sus preparativos para acometer la ciudad imperial de México, pues conviene volver á tomar el hilo de lo que sucedia de más especial en orden al estado de ambas conquistas, espiritual y temporal, en las Islas Española y Cuba, y será con la conducente brevedad, para recoger el discurso sobre el importante cerco de México que se comenzó á ejecutar el año siguiente de mil quinientos veinte y uno.

CAPITULO XXXVII.

DIGRESION IMPORTANTE SOBRE LA REBELION DEL CA-
CIQUE ENRIQUILLO, Y EL ESTADO DE
LAS ISLAS ESPAÑOLAS GUBA, JAMAICA Y DEMAS:
AÑO DE 1520.

Léjos de ocasionar tanto perjuicio á la Española las nuevas adquisiciones de los españoles en las Indias Occidentales, como en efecto la causaron tanto daño, parecia, que al contrario, debian contribuir á hacer aquella isla más floreciente, porque ademas de sus propias riquezas, que no se agotaban venia por su situacion á hacerse muy necesaria para la conservacion y utilidad de ese gran cuerpo de Monarquía que se iba formando al rededor de ella, quedando como el centro y el corazon de estas posesiones dispersas, que no podian tener comunicacion entre ellas, sino por